

Sujeto, Subjetividad y Política: una reflexión desde el psicoanálisis

Pedro Castro Guillén *

Resumen

Abordar el problema del sujeto y la subjetividad y su posible enlace con la reflexión socio-política desde la teoría psicoanalítica de Jacques Lacan, supone una ruptura con la metafísica del sujeto moderno que aparece en el pensamiento inaugural de Descartes. Pero, que también iniciaría una crítica implícita y explícita casi inmediatamente sobre todo en la filosofía alemana. La metafísica moderna atrapada en la noción de un sujeto consciente y autónomo, no ha podido dar cuenta de los múltiples atolladeros que Kant puso al descubierto y que se profundizaron en la filosofía de Hegel, para dar cuenta de una teoría y praxis política que lleva tres siglos dando vueltas sobre la esencia del sujeto y sobre todo con las múltiples aporías que produce un sujeto que se pretende causa de sí mismo y de su realidad sociopolítica. Con Lacan, este concepto de sujeto y de la subjetividad queda radicalmente subvertido por la construcción de la noción de sujeto dividido, sujeto en falta, que no puede dar cuenta de sus propias determinaciones y mucho menos de las condiciones históricas que determinan su experiencia vital. Es posible entonces, partir del psicoanálisis como plataforma teórica, sólo a condición de no entenderlo como una práctica *cuasi* médica para la adaptación de patologías del individuo, sino como una práctica clínica y teórica directamente social.

Palabras clave: sujeto, subjetividad, política, psicoanálisis, Lacan.

Este artículo fue el resultado de la investigación realizada bajo el financiamiento del Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico CDCH de la Universidad Central de Venezuela (UCV) años 2013 -2015, con el título: “Fundamentos teóricos sobre violencia y poder en la Venezuela contemporánea: Migración y subjetividad en la constitución del imaginario”, No. PG-07-8654-2013. Igualmente sirvió de base para el trabajo presentado al Primer Programa de Estudios Postdoctorales de la Facultad de Economía y Ciencias Sociales (FACES) de la Universidad Central de Venezuela [Caracas – Venezuela].

*Universidad Central de Venezuela.

Artículo recibido 15 de febrero de 2016 – Arbitrado 10 de julio de 2016

Apuntes Filosóficos. Vol. 48. N° 25 (2016): 9-29.

Subject, Subjectivity and Politics: A Reflection from psychoanalysis

Abstract

Addressing the problem of the subject and subjectivity and their possible link with the socio-political reflexion from the standpoint of the psychoanalytic theory of Jacques Lacan, supposes a break with the metaphysics of the modern subject that appears in the inaugural thought of Descartes. But also it initiates an implicit criticism and explicit almost immediately especially in German philosophy. With Lacan, this concept of subject and subjectivity is radically subverted by the construction of the notion of divided subject, subject at fault, which cannot account for its own determinations and much less from the historical conditions that determine their life experience. It is then possible, from psychoanalysis as a theoretical platform, not understood as a quasi-medical practice for the adaptation of pathologies of the individual but as a direct social clinical and theoretical practice.

Keywords: Subject, Subjectivity, Politics, Psychoanalysis, Lacan.

Introducción

La teoría psicoanalítica le ha tocado lidiar con el malentendido de la brecha entre psicoanálisis individual y psicoanálisis social, pareciera que hay que hacer algo más para que el saber producido por el psicoanálisis pudiera decir algo sobre la realidad social, política o cultural. Sin embargo, ya Freud en su obra de 1921, *Psicología de las masas y análisis del yo*, planteó que la psicología individual era directamente psicología social, y para ello uso el concepto de identificación como el concepto articulador entre lo individual y lo social en la psiquis humana, y que va a definir de alguna manera lo colectivo no recurriendo al número de hombres agrupados sino a una cierta relación entre el yo, la colectividad y los ideales sociales en juego.

En este artículo nos centraremos en la teoría de sujeto y subjetividad que Jacques Lacan construye a partir del descubrimiento de Freud del inconsciente, como la necesidad de construir el sujeto de la responsabilidad que tanto se reclama a la teoría política moderna. Las claves para Lacan en la construcción del sujeto será la *Spaltung* (división) freudiana, la noción fundamental de que el *Dasein* está separado por su inconsciente de una parte de sus representaciones que no le permiten acceder al núcleo íntimo de su ser, que va a constituir la característica emblemática del sujeto lacaniano como sujeto dividido (\$), sujeto tachado.

Esta concepción del sujeto dividido, que no le permite dar cuenta de manera autónoma de sus representaciones, le permite a Lacan no oponerse o negar la idea de sujeto que surge del pensamiento de Descartes sino subvertirlo, en tanto y cuanto para él, el sujeto dividido es el *cogito* cartesiano, sólo que pensado desde ese excedente de subjetividad inherente al *cogito* que es la duda hiperbólica de Descartes, que le permitió concluir apresuradamente, de acuerdo con Lacan, en su axioma *cogito ergo sum*.

Este reconocimiento del sujeto cartesiano subvertido distingue la elaboración teórica de Lacan de otras corrientes de la filosofía y la teoría política, que encuentran en Descartes a su adversario fundamental y una definición alternativa de sujeto o simplemente su negación. Observamos en las corrientes estructuralistas una negación del sujeto y su sustitución por los efectos de las relaciones estructurales; así como en el pensamiento postmoderno el sujeto cartesiano es una ficción discursiva; o como en la teoría de la acción comunicativa se sustituye la subjetividad monológica cartesiana por una intersubjetividad discursiva, y así podemos continuar con las diferentes versiones del rechazo del cogito en la: New Age, en el feminismo, en el

ecologismo, etc. Pero lo que se pone en evidencia es la centralidad del sujeto para el pensamiento moderno y su incidencia fundamental para la teoría social y política.

Aunque no es el propósito directo de este artículo la elaboración de una teoría política lacaniana, como ya ha sido propuesta por una serie de autores, sino exponer la teoría del sujeto dividido (\$) marcando los puntos en que es posible su aprovechamiento para una teoría política, como lo es resaltar la diferencia entre el concepto de identidad propia de la metafísica del sujeto del concepto de identificación sobre el que Lacan y Freud, construyen la relación del sujeto con el Otro y con los ideales. Así como la elaboración que Lacan produce partiendo de su noción del significante para fundamentar una concepción del sujeto que no puede completarse en una serie porque hay un significante que falta, como el centro de la subjetividad, que ya no puede residir en las posiciones de sujeto o en la confrontación especular del yo – yo'. Así como exponer la concepción de la falta que también horada al Otro social, que no puede cerrarse sobre una objetividad que se obture así misma o al sujeto. Es decir, Lacan va a subvertir la concepción del sujeto sustancia con su concepto de sujeto dividido para pasar a un *Dasein* que no sólo es sustancia sino sujeto; con lo cual subvierte la relación sujeto – objeto propia de la metafísica. Así como no hay un sujeto autónomo, neutro, a-histórico, capaz de representar objetivamente al mundo tampoco existe un otro simbólico cerrado, sino la yuxtaposición de dos faltas la falta del sujeto y la falta del Otro social.

A partir de lo anterior puntualizaremos sin mayor desarrollo los aspectos en que la teoría del sujeto de Lacan, pueden ser aprovechados en la formulación de una teoría política.

Sujeto en falta

Enlazar la reflexión elaborada por el pensamiento psicoanalítico con el pensamiento político supone partir del concepto de sujeto dividido que surge del pensamiento de Jacques Lacan (entendido como campo freudiano-lacaniano), siguiendo y expandiendo creativamente y de manera original el descubrimiento de Sigmund Freud del inconsciente. Este sujeto del psicoanálisis extrañado por su inconsciente de una parte de sus representaciones se convierte en el *locus* de una identidad fallida y de una irreductible alienación, pero, no obstante, en el lugar en que se produce una cabal política de la identificación. El *fiat* del pensamiento de Lacan y su pertinencia para el análisis político, en nuestra opinión, se centra en su construcción de una noción de sujeto que subvierte a partir de la concepción de sujeto dividido irreductiblemente

alienado a identidades fracasadas, la autocomprensión del sujeto moderno como sujeto que puede dar cuenta de sus autocercioramientos. Lacan, entonces construye la única visión de sujeto que realmente se opone de manera clara a toda la metafísica del sujeto basada en el sujeto de la representación tal como surge de la reflexión inaugural de Descartes y que se consolidaría en la concepción de ciencia construida por Newton y Kant y que se convirtió en el paradigma de la cultura occidental hasta nuestros días.

Esta concepción de sujeto que surge del campo freudiano-lacaniano, también implica el abandono de toda concepción de sujeto como unidad biológica o como individuo, persona individual. El sujeto del psicoanálisis es en su singularidad al mismo tiempo un sujeto social y ahí radica la posibilidad de que esta noción de sujeto en falta, pueda ofrecer a la teoría política y social una nueva luz sobre las relaciones entre las aspiraciones particulares del sujeto y los fines sociales de la cultura.

El acmé del pensamiento lacaniano y su posibilidad de inducir una reflexión política que rompa la normalización del actual pensamiento político, se expresa claramente en la ruptura con toda concepción esencialista que surge de la tradición filosófica, ya como sujeto cartesiano o como sujeto reduccionista que surge del marxismo. El sujeto de la representación no es idéntico así mismo, no puede dar cuenta de la realidad desde su ilusión de autonomía, no puede representar al mundo como totalidad, tal como nos plantea YannisStavrakakis, en sus ideas sobre la relación entre Lacan y lo político, al respecto nos dice:

...El sujeto lacaniano está claramente localizado más allá de una noción de la subjetividad tanto esencialista como simplista. No solo es lacan 'obviamente el más distante de aquellos que operan con categorías esencialistas o nociones simplistas de causas o rigen psíquico' sino que el sujeto lacaniano se opone trasciende radicalmente a todas esas tendencias sin, de todos modos, arrojar al bebé junto con el agua sucia, es decir, al *locus* del sujeto junto con sus formulaciones esencialistas.¹

Si bien es cierto que para Lacan el *ego cogito* cartesiano que es la noción de sujeto moderno, libre de todo prejuicio, deslastrado de toda tradición, a-histórico, *ergo* autónomo, es lo que hace al hombre seguro de ser sí mismo en su seguridad sobre sí y de dar cuenta de la experiencia del mundo desde su actividad reflexionante, capaz de producir una síntesis entre la

¹ Cfr. Stavrakakis, Yannis, *Lacan y lo político*. Buenos Aires, Prometeo Libros, 2007, p.34.

unidad de la conciencia y el mundo en su totalidad. Es también el lugar de su descentramiento de su ilusión fantasmática esencialista que reduce la subjetividad al ego consciente. La unidad de la conciencia sólo se puede sostener sobre el mito de la capacidad de la razón de producir una síntesis unificante de la experiencia del mundo. Esta concepción es la que ha venido mostrando casi inmediatamente a la posterior reflexión kantiana-hegeliana como una imposibilidad desde diversas versiones de la filosofía como: la impugnación de Nietzsche a la tradición filosófica, Heidegger, la fenomenología de Husserl, hasta las filosofías del giro lingüístico, al respecto Dardo Scavino nos ofrece el siguiente planteamiento:

De un tiempo a esta parte, sin embargo, una serie de filósofos consideran que ésta fue la principal ilusión de la filosofía; ilusión que muchos de ellos llaman ahora 'metafísica'. Así pues, el pre-juicio central del pensamiento metafísico fue haber pensado que un pensamiento sin pre-juicios, o que un contacto desprejuiciado o in-finito con las cosas era posible para el hombre. La filosofía como espejo de la naturaleza no era sino ese espejismo...²

Lacan parte del descubrimiento de Freud del inconsciente, y en ccomo en su primera tópica planteó que no todo es conciencia, que hay una separación de las representaciones en inconsciente, pre-consciente y consciente y que el advenimiento de las representaciones a la conciencia se produce de acuerdo a la dinámica de investiduras y contrainvestiduras propias de la psique y determinadas por los mecanismos de defensa, que reprimen toda representación que resulte censurada. Es decir, la representación consciente no depende de ninguna instancia autónoma, no existe tal cosa. Como Freud planteó en su segunda tópica el yo más que estar al servicio de la conciencia depende del ello, del depósito pulsional, a quien tiene que responder o conciliar sus deseos con la realidad. Freud ya en esto fue muy claro cuando lo planteó en su texto fundamental *El yo y el ello* de 1923, de la siguiente manera:

Pero por otra parte vemos a este mismo yo como una pobre cosa sometida a tres servidumbres y que, en consecuencia, sufre las amenazas de tres clase de peligro: de parte del mundo exterior, de la libido del ello y de la severidad del superyó. Tres variedades de angustia corresponden a estos tres peligros, pues la angustia es la expresión de una retirada frente al peligro. Como ser

² Cfr. Scavino, Dardo, *La filosofía actual pensar sin certezas*. Argentina, Editorial Paidós, 2000, pp. 47-48.

fronterizo, el yo quiere mediar entre el mundo y el ello, hacer que el ello obedezca al mundo (...) hacer que el mundo haga justicia al deseo del ello...³

Son estas ideas freudianas las que abren en la modernidad más que ningún otro pensador el camino a una concepción más radical de una subversión del sujeto autónomo, del sujeto idéntico a sí mismo, es por ello que se acusa al padre del psicoanálisis de haber infligido una herida narcisista a la concepción del hombre, porque pasó del sujeto garante de la representación a estar sujeto a un plexo de fuerzas que le son ajenas. El giro de Freud fue más radical, si lo consideramos desde su misma posición respecto de la primera tópica, ya que el mismo advirtió los numerosos inconvenientes para la práctica del psicoanálisis de considerar las neurosis desde un conflicto entre lo consciente y lo inconsciente: “Nuestra intelección de las constelaciones estructurales de la vida anímica nos obliga a sustituir esta oposición por otra: la oposición entre el yo coherente y lo reprimido escindido de él”⁴. Aparece una formulación descriptiva con consecuencias analíticas de un sujeto fragmentado, que abriría la posibilidad a Lacan para construir sobre esta base su concepción del sujeto tachado, produciendo una crítica abierta a toda filosofía derivada directamente del *cogito*.

Es importante aclarar que en Freud no existe una idea de sujeto, el yo freudiano no es ni puede ser homologado a la noción de sujeto de Lacan, pero la teoría psicoanalítica de Freud sirve de fundamento al genio de Lacan para el abordaje del sujeto y la subjetividad, que partiendo de un retorno a Freud, de una recuperación del freudismo y sobre todo del descubrimiento del inconsciente olvidado o deformado por el posfreudismo, fue el epicentro de una reflexión sobre el sujeto que por lo demás en la filosofía moderna e incluso en corrientes críticas de la modernidad, fue reducido a *substratum* psicológico que puede ser rebajado a su propia representación (como fue el caso del postestructuralismo). En unos de sus *Escritos* de 1966 *La ciencia y la verdad*, Lacan nos dice abiertamente que: “Decir que el sujeto sobre el que operamos en psicoanálisis no puede ser sino el sujeto de la ciencia puede parecer paradoja.”⁵..., resulta una paradoja porque el sujeto de la ciencia estáforcluido, ausente. Es decir, es un sujeto neutro, imparcial, que no puede hacer presencia. Como plantea también la psicoanalista Cristina Marqués Rodilla, es Lacan quien introduce la noción de sujeto en psicoanálisis, porque “necesita subvertir la noción de sujeto-

³ Cfr. Freud, Sigmund, *Obras Completas*. V. XIX. Argentina, Amorrortu editores, 2003, p. 56.

⁴ *Ibid.*, p. 19.

⁵ Cfr. Lacan, Jaques, *Escritos 2*. México, Siglo XXI, 1982, p. 837.

sustancia y, así, poder articularlo con la noción de inconsciente que Freud inaugura”⁶, pero tan importante como la noción de sujeto en la práctica analítica. Marqués también subraya como central para la crítica social y política construir el sujeto de la responsabilidad:

Lacan quiere aportar la noción de sujeto al psicoanálisis para dotar al campo freudiano de lo que le faltaba: el sujeto de la responsabilidad (...) y a la necesidad de un sujeto sobre el que pueda fundarse la ética (...) Con ello marca una distancia respecto de Nietzsche y de Heidegger a partir de los cuales, y de su concepción del sujeto, es imposible fundar una ética.⁷

La necesidad de la construcción de una teoría del sujeto que por la forma misma de la reflexión tanto de Freud como la de Lacan no puede acotarse al ámbito del psicoanálisis mal entendido como campo disciplinario, pasa entonces a adquirir pleno derecho en la deconstrucción del sujeto-sustancia, propio del sujeto de la representación que ha surgido de la filosofía moderna y que no ha podido ser objeto de una verdadera crítica que rompa con sus propios supuestos. Es decir, toda crítica termina introduciendo subrepticamente algún punto de *arché*. Es por lo anterior, que el sujeto lacaniano resulta relevante para la discusión teórica de la política, justamente porque no es asimilable al sujeto consciente presupuesto en la metafísica del sujeto y el análisis político angloamericano, desde Rawls a Habermas pasando por las teorías de la elección racional, que reducen el sujeto al ego *cogito*.

Alienación en lo simbólico y el sujeto dividido

El pasaje de lo imaginario a lo simbólico, supone la entrada del sujeto en el lenguaje, su alienación al significante. Al someterse a las leyes del lenguaje, el *infans* vuelve un sujeto de lenguaje, habita en el lenguaje y espera ganar una adecuada representación a través del mundo de las palabras. Ahora bien, en lugar de superar la alienación y conquistar una identidad sólida, el sujeto constituido sobre la base de la aceptación de las leyes del lenguaje, se revela como un sujeto barrado, dividido, como sujeto en falta *par excellence*. Lo que otorga una importancia central a la noción de sujeto dividido y a su relevancia para el análisis de la realidad política desde la teoría psicoanalítica preconizada por Lacan.

⁶ Cfr. Marqués Rodilla, Cristina, *El sujeto tachado. Metáfora topológicas de Jaques Lacan*. Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, 2001, p.133.

⁷ *Ibid.* p. 148

Para Lacan la *Spaltung* –división– es sin duda la característica más genuinamente inaugural que define la subjetividad porque es precisamente lo que permite advenir al sujeto y estructurarse de acuerdo a un cierto modo de psiquismo. En este sentido puede considerársela como una división del sujeto que proviene del propio vínculo del sujeto con un tercer orden que es el orden simbólico o más exactamente el orden que va a mediatizar la relación del sujeto con lo Real, uniendo para el sujeto lo Imaginario y lo Real. Esto es central en el pensamiento de Lacan, la forma de anudamiento en el sujeto y la subjetividad de estas tres dimensiones: Lo Real, Simbólico e Imaginario, todo el análisis del psiquismo pasa por este entrelazamiento⁸.

Esta operación de mediación se realiza con la instalación del proceso de la metáfora paterna después de la cual un símbolo del lenguaje, el Nombre-del-Padre, designará metafóricamente al objeto primordial del deseo que se ha vuelto inconsciente, el significante del deseo de la madre. La metáfora del Nombre-del-Padre es un proceso inaugural en la evolución psíquica en más de un aspecto. Además de permitirle al niño advenir sujeto al acceder a lo simbólico es la responsable de la división subjetiva irreversible. Ahora bien, el principio que gobierna la metáfora del Nombre-del-Padre se sustenta exclusivamente en un efecto signifiante, particularmente en una sustitución signifiante, como lo planteamos con la sustitución de la metáfora paterna. El orden signifiante es, precisamente, el que hace que el sujeto llegue a su estructura de división. Esto equivale a decir que el sujeto está dividido por el orden mismo del lenguaje. Por otra parte, la metáfora paterna se apoya en la represión originaria, es decir, en el advenimiento del inconsciente; por lo tanto, el inconsciente, como tal, está también a su vez sujeto al orden del signifiante. Tal como lo plantea el psicoanalista Jöel Dor, Lacan insiste: “El lenguaje es la condición del inconsciente (...) El inconsciente es la implicación lógica del lenguaje: en efecto, no hay inconsciente sin lenguaje”⁹.

La relación del sujeto con el orden simbólico, con su propio discurso, reside en un hecho singular. El sujeto está *presente* en él a costa de estar *ausente en su ser*. Y aquí se muestra una vez la estructura de división del sujeto, esto pone en evidencia que el sujeto que adviene al lenguaje desfallece en este lenguaje que es su causa. Con lo que el sujeto no es causa del lenguaje, sino que es causado por éste. El sujeto no es su propia causa. Esto tiene consecuencias

⁸ Tal como nos lo plantea Stavrakakis: “Un acercamiento lacaniano riguroso al terreno del sentido y la significación debe tener en cuenta a la vez a las tres dimensiones involucradas: los registros de lo real, lo imaginario y lo simbólico.” Stavrakakis, *Ob. Cit.* p. 52.

⁹ Cfr. Dor, Jöel, *Introducción a la lectura de Lacan. El inconsciente estructurado como un lenguaje*. España, Editorial Gedisa, 2006, p. 118.

que indican que el sujeto que accede por medio del lenguaje sólo puede surgir en él como un efecto; un efecto del lenguaje que como dice Dor, “lo hace existir para *eclipsarlo, inmediatamente, en la autenticidad de su ser*”¹⁰. Este desvanecimiento del sujeto Lacan lo designa como *desvanecimiento del sujeto* (fading) que hace que el sujeto sólo pueda captarse a través de su lenguaje, en calidad de *representación*, de máscara que lo aliena pues lo oculta ante sí mismo¹¹. Lacan, lo plantea en su Seminario XI: “No hay sujeto sin que haya, en alguna parte, *afanisis* del sujeto, y en esa alienación, en esa división fundamental, se instituye la dialéctica del sujeto”¹². Esta alienación del sujeto dentro de su propio discurso es, precisamente, la división del sujeto. Lacan, nos lo dice de la siguiente manera:

El efecto del lenguaje es la causa introducida en el sujeto. Gracias a ese efecto no es causa de sí mismo, lleva en sí el gusano de la causa que lo hiende. Pues su causa es el significante sin el cual no habría ningún sujeto en lo real. Pero ese sujeto es lo que el significante representa y no podría representar nada sino para otro significante: a lo que se reduce por consiguiente el sujeto que escucha.¹³

Para Lacan, el sujeto surge en relación al significante, el registro del significante se establece porque un significante representa a un sujeto para otro significante. Precisemos lo que Lacan plantea:

El registro del significante se instituye por el hecho de que un significante representa a un sujeto para otro significante. Es la estructura, sueño, lapsus y rasgo de ingenio, de todas las formaciones del inconsciente. Y es también la que explica la división originaria del sujeto. El significante produciéndose en el lugar del Otro todavía no ubicado, hace surgir allí el sujeto del ser que no tiene todavía la palabra, pero al precio de coagularlo. Lo que allí *había* listo a hablar —esto en los dos sentidos que el pretérito imperfecto, en francés como en español, da al habla, el de colocarlo en el instante anterior: estaba allí y ya no está, pero también en el instante siguiente: un poco más y estaba por haber podido estar-, lo que estaba allí desaparece por no ser ya más que un significante.¹⁴

¹⁰*Ibid.* p. 123.

¹¹*Ibid.* p. 123.

¹² Cfr. Lacan, Jacques, *Seminario 11. Los cuatro conceptos del psicoanálisis*. Argentina, Paidós, 2003, p. 229.

¹³ Lacan, Jacques, *ObCit... Escritos 2*, P. 814

¹⁴*Ibid.* p. 819.

Es una característica del orden simbólico evocar algo de lo Real por medio de una sustitución significativa que produce de manera inescapable una distancia entre la vivencia real y aquella que la representa. Es decir, el significante que representa el hecho real no es en sí mismo lo real sino aquello que lo sustituye como representación; como plantea Lacan, la representación: “por la palabra que es ya una presencia hecha de ausencia, la ausencia misma viene a nombrarse en un momento original”¹⁵. Esto quiere decir que el sujeto sólo figura en su propio discurso a costa de esta misma escisión: desaparece como sujeto y sólo se encontrará representado bajo la forma de un símbolo. Como nos dice Dor, siguiendo a Lacan: “El lenguaje posee, entonces, la singular propiedad de representar la presencia de algo por medio de su propia ausencia como tal; La cosa debe perderse para ser representada como tal”¹⁶.

Lo anterior obtiene su fundamento en la metáfora paterna. En la metáfora del Nombre-del-Padre, el advenimiento de un significante (S2) que sustituye a un significante (S1) es lo que permite aparecer al sujeto hablante, de tal manera que S2 es el significante que representa al sujeto frente a otro significante S1. La operación se repite a medida que se recorre la cadena significativa, ya que la cadena hablada está estructurada de tal modo que el sentido de un signo depende del sentido de todos los otros. Pero la noción de signo está subvertida en Lacan respecto de la misma noción en F. de Saussure. Para este último, aunque la cadena lingüística está constituida por la pura diferencia entre significantes sin referentes, no pudo evitar establecer una relación rígida entre significante y significado: el signo que volvió a introducir subrepticamente la noción de referente. Para Lacan, la primacía es del significante, aquí hay un abandono radical de todo referente, de toda noción sustancial de signo como representación de una realidad extra lingüística.

De aquí, que la relación del sujeto con el orden de su discurso: un significante es aquello que representa a un sujeto para otro significante, es un efecto inducido por la estructura misma del lenguaje. Si el sujeto figura en el discurso es únicamente gracias a un representante, porque quien lo promueve como sujeto en el discurso es un significante que sólo puede ser con respecto a otro significante. Por eso el sujeto debe ser considerado como un efecto significativo y sólo como un efecto. De ninguna manera, puede ser causa del significante. Esto es lo central en la

¹⁵ Cfr. Lacan, Jacques, *Escritos I*. México, Siglo XXI Editores, 2005, p. 265.

¹⁶ Dor, *Ob. Cit.* p. 122.

noción lacaniana del sujeto tachado $\$$. El sujeto sólo adviene como sujeto por el orden significante.

El concepto de sujeto dividido nos lleva a precisar todavía más lo que venimos discutiendo sobre la subversión del sujeto como sujeto sin sustancia. La noción de sujeto tachado $\$$ coloca en el núcleo del sujeto una hiancia, una apertura, un vacío, que no puede ser llenado por nada, ese lugar no puede ser ocupado o reocupado por ninguna esencia. Lo que nos obliga a definir con mayor precisión la relación entre el significante y significado y los efectos de sentido propios de esta relación, en virtud de que como hemos planteado el sujeto es un efecto del significante, ya que esto es central no sólo en la definición de sujeto que tiene Lacan sino en su noción de realidad.

Si Lacan establece una primacía del significante sobre el significado y se pierde esa relación fija entre ambos, de manera que hay una pérdida del significado como esencia como referido a algo, no así en su posición estructural, debemos establecer la función de significación y su relación con el sujeto, es decir, establecer cómo se produce el sentido como lo primordial de la función de significación.

Para Lacan el significado se entiende como un efecto transferencial. Si hablamos de significado es porque creemos que surge del fondo de nuestra realidad existencial: el sentido. Es una creencia de la cual no podemos deshacernos, porque es crucial para nuestro entendimiento de la realidad como un conjunto coherente y “objetivo”, algo que garantiza nuestro conocimiento y sostiene la ilusión de correspondencia entre nuestra experiencia vital y el mundo, lenguaje y mundo, conocimiento y realidad. Dan sostén a lo que consideramos la realidad objetiva. Pero Lacan cuando teoriza el predominio del significante, lo que nos indica es que, como plantea Stravakakis siguiendo a Lacan:

El mundo del significado no es otro que el del lenguaje. El significado nunca es una presencia plena constituida fuera del lenguaje. La radicalización de Lacan, no obstante, implica el quiebre definitivo con el isomorfismo entre el significante y el significado y una resolución refinada del problema de la realidad externa. El punto de Arquímedes de su solución es el siguiente: lo simbólico no es el orden del signo, como en la lingüística saussureana, sino el orden del

significante. La significación es producida por el significante: ‘El significante crea el campo de las significaciones’.¹⁷

El significante es capaz de producir significación porque no se refiere a ningún objeto significado. “Es el signo de una ausencia”. Toda significación se refiere a otra, es decir el sentido del significante caballo está referido a una cadena de significantes: animal veloz de cuatro patas apto para la guerra y el trabajo, p.e. Es en este choque de diferencias entre significantes de donde surge el sentido, no hay una referencia a un caballo en lo Real¹⁸. El significado se pierde en el deslizamiento metonímico característico de la cadena significativa. Aquí surge la relación entre lo real y lo simbólico¹⁹. El significado es del orden de lo real, es decir, del orden de lo que no puede ser simbolizable, de aquello imposible de lo cual no podemos saber nada, pero que sin embargo hace límite a la significación y es consustancial a la formación del orden simbólico.

Es decir, el orden simbólico sólo se puede instalar en el sujeto a consecuencia de que algo se pierda, este es el centro de la división del sujeto por el lenguaje, hay una pérdida irre recuperable de la Cosa, la represión originaria marca la distancia entre el lenguaje y lo real presimbólico, con lo que nuestro mundo se constituye como trenza significativa, donde el significado se pierde como Real imposible de recuperar. La falta constitutiva del significado en tanto real constituye algo absolutamente crucial para la significación. Esta ausencia tiene que ser la fuente de atracción para que la significación pueda adquirir alguna coherencia. La no presencia del significado en lo Real es lo que causa la emergencia de la transferencia del significado. Lo que emerge es el significado en su dimensión imaginaria, que sólo puede ser el resultado del choque entre los significantes. La primacía del significante es lo que hace emerger el significado imaginario con el fin de disimular la falta del significado real o más bien del significado en cuanto real.

¹⁷Stavarakakis, *Ob. cit.* pp. 50-51.

¹⁸ Aquí se pudiera presentar una confusión sobre el problema de la realidad, sobre lo que existe o no existe, el psicoanálisis no niega que exista un real presimbólico (lo Real), lo que dice, es que lo que se puede conocer de él es lo que aparece en su representación lingüística. Nosotros hablamos de caballo que obtiene su sentido de un tren de significantes no de un referente presimbólico. El sentido de nuestra experiencia del mundo nos viene en el lenguaje, con un real que le hace límite y fuerza la significación. Esta separación ontológica entre lenguaje y real presimbólico es también una de las características más importantes de la filosofía moderna, aparece en Descartes cuando privilegia la *res extensa*, como aquello que se puede conocer; y en Kant, aparece la distinción entre fenómeno y *noúmeno*. Lacan lo que hace es proponer una solución a las inconsecuencias y ambigüedades de esta cuestión central de la filosofía moderna.

¹⁹Lacan nos dice: “El objetivo de la interpretación no es tanto el sentido, sino la reducción de los significantes a su sin-sentido para así encontrar los determinantes de toda la conducta del sujeto”. Lacan, *Ob. Cit...Seminario 11*, p. 219.

Entonces el sujeto para advenir debe instalarse en las leyes del lenguaje. La aceptación de la ley está claramente articulada en el significante. Surge del proceso de castración con la instalación de la metáfora paterna. El Nombre(s)-del Padre instala la división con la introducción de la prohibición del incesto, es el portador de la ley simbólica que impide todo acceso inmediato a lo real presimbólico. De otra manera, la función del lenguaje es dar acceso al orden social como distinto del orden natural. Es de particular importancia, destacar que el acto inaugural del lenguaje en la vida del sujeto es un acto de poder, que debe ser aceptado por el sujeto; el significante introduce la dimensión simbólica del poder. Stavrakakis lo plantea de la siguiente manera:

Otro aspecto crucial de esta dimensión simbólica del poder es el hecho que, en oposición al poder imaginario, presupone la complicidad, o más bien la aceptación del sujeto. La Ley del lenguaje debe ser aceptada por el sujeto para poder evitar la psicosis (...) En ambos casos, esta aceptación nunca es muy fácil; en psicoanálisis esta dificultad para aceptar el Nombre-del-Padre se halla en la raíz de las neurosis, mientras que en relación al nivel social, la dificulta sobrevuela toda la lucha sociopolítica en torno a la idea del orden en la sociedad.²⁰

Con la exclusión, la pérdida del significante del deseo de la madre, ganamos acceso a la realidad, lo que es principalmente un tejido simbólico, con lo que perdemos el significado del significante “realidad”, lo Real en sí mismo, es sacrificado como tal.

Identidad e identificación

Lo anterior es lo que permite al psicoanálisis una crítica radical al principio de identidad a partir del establecimiento de la identificación como lo que permite el sostén fantasmático del sujeto consigo mismo y el lazo con el Otro.

Ahora bien, la identificación como proceso está en las antípodas del principio de identidad propio de la metafísica, en donde el sujeto es sustancia, adquiere identidades fijas. El sujeto tachado lacaniano, que es sin sustancia, sólo puede socializarse, hacer presencia en el Otro de forma incompleta con identificaciones a objetos o ideas que nunca serán ni cerradas ni

²⁰Stavrakakis, *Ob. Cit.*, p. 60.

definitivas. En esto Lacan sigue rigurosamente a Freud, para quien toda identificación es de carácter parcial, no toda, “la identificación es parcial, limitada en grado sumo”²¹.

Sólo a partir de comprender la radical diferencia entre Identidad e identificación podemos entender el aporte de Lacan a partir del sujeto barrado al análisis sociopolítico, ya que ofrece una concepción sociopolítica de la subjetividad. Lo subjetivo deja de ser aquello que presupone una identidad como posición subjetiva; soy esto o aquello, pienso esto o aquello; propia de una identidad sustancial que pasa a definir al sujeto. Esto pasa cuando nos definimos de acuerdo a una determinada identidad ideológica, cultural o sexual. De este modo, la subjetividad se entiende como determinada por la ilusión del *ego* consciente, capaz de dar cuenta de sus autodeterminaciones, de estar completo.

La adopción por el psicoanálisis de la noción de identificación supone de manera directa una subversión de la noción de identidad, que supone al sujeto sustancia pleno, congelado en determinadas significaciones que lo alienan de manera absoluta al nivel simbólico. Convierte al *Dasein* un siervo de sus propias determinaciones imaginario-simbólicas y los ancla en adhesiones rígidas de carácter religioso, ideológico-partidista, organizacional, sectario, etc. Es precisamente la imposibilidad de estas identificaciones cerradas que pretenden esclavizar al sujeto a campos simbólicos clausurados, lo que se convierte en la crítica más abierta del psicoanálisis y unos de los aportes más importantes de Lacan al análisis sociopolítico, tal como nos lo plantea de manera muy clara Jacques-Alain Miller, de la siguiente manera:

A los ojos de Lacan, la política procede por identificación, manipula sus significantes amos [significantes ideológicos: liberalismo, marxismo, democracia, comunitarismo...], busca con esto capturar al sujeto. Este último, hay que decirlo, no pide otra cosa, al hallarse, como inconsciente, falta de identidad, vacío, evanescente, como el *cogito* precisamente, antes de que el gran Otro divino lo establezca (...) Aquí está el papel que cumple el Otro, no ya divino sino político, si se quiere, eso que Lacan llama discurso del amo y donde ve nada menos que el revés del psicoanálisis. Pues el psicoanálisis va contra las identificaciones del sujeto, las deshace una por una, las hace caer como las capas de una cebolla. Devuelve de este modo al sujeto a su vacuidad primordial, lo que, al mismo tiempo, despeja el fantasma inconsciente que ordenaba sus elecciones y su destino y aísla aquello que lo sostiene, se lo llame como se lo llame: cuántum de

²¹Cfr. Freud, Sigmund, *Obras completas V. XVIII*. Argentina, Amorrortu editores, 2003, p. 101.

libido, objeto a, condensador de goce. De aquí resultaría una posibilidad inédita para el sujeto de ‘atravesar’ su fantasma y de tomar un nuevo punto de partida.²²

El sujeto y su subjetividad están determinados por la falta real/imposible de recuperar que es la marca de la condición humana. Esta concepción de la subjetividad permite abordar el análisis sociopolítico a partir del psicoanálisis ya que la realidad social es el lugar en el que el sujeto como falta persigue su completud ausente.

Aquí surge un problema de singular importancia, así como la identidad no puede proporcionar sustancia al sujeto, tampoco el nivel simbólico puede anular la barra que mortifica al sujeto, no puede suturar el vacío que es su núcleo. En realidad, cuando Lacan subvierte la noción de sujeto y de lo subjetivo, también subvierte la noción de “objetividad”. Esta ya no puede entenderse como una dimensión que puede constituirse al margen del sujeto. Subjetividad y objetividad son como lo plantea Lacan a partir de un neologismo campos *ex-timos* (nuestra exterioridad más íntima).

Esta subversión de lo objetivo y de la objetividad la efectúa Lacan cuando denuncia la falta en el Otro, no hay Otro del Otro, el Otro no puede darnos lo que no tiene, en él también hay una falta, un significante que no existe, se revela en él un cierto vacío que revela la coincidencia o superposición de una doble falta, la falta en el sujeto y la falta en el Otro social. El *Dasein* no está sujeto a un orden simbólico esférico totalizado, con lo cual estaría preso en un mundo claustrofóbico y psicótico, al contrario, al sujeto se le abre una posibilidad de des-enajenación en la falta inscrita en el corazón del orden simbólico, a partir de la cual crear nuevas posibilidades subjetivas. Tal como lo plantea Slavoj Žižek:

Esta falta en el Otro da al sujeto, por así decirlo, un espacio de respiro, le permite evitar la enajenación total en el significante, no llenando su falta, sino permitiendo que él mismo, su propia falta, se identifique con la falta en el Otro.²³

Por ello el orden simbólico también está barrado (A), tampoco puede estabilizarse o completarse a sí mismo y mucho menos al sujeto, por ello la sociedad moderna carece de

²² Cfr. Cléro, Jean-Pierre y Lyndalotte, *Entrevista con Jacques-Alain Miller*. En Zarkas, Yves Charles (dir), *Jacques Lacan psicoanálisis y política*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2003, p.127.

²³ Cfr. Žižek, Slavoj, *El sublime objeto de la ideología*. México, Siglo XXI Editores, 2007, p. 168.

fundamento, está siempre en crisis, siendo este su motor lo que la impulsa hacia adelante. Ya lo planteo Kant cuando en su opúsculo *¿Qué es la ilustración?* habla de la insociable sociabilidad, la imposibilidad de la sociedad.

Este es el punto central psicoanalítico que puede servir de anclaje para análisis sociopolítico: algo falta en el Otro, no hay Otro del Otro; se convierte en la clave de la contribución de Lacan a una formulación de una teoría social y política, desde una nueva perspectiva de la objetividad y la subjetividad. A partir de la falla en el Otro, de su falta significativa, el campo social se nos aparece como un campo discursivo de representación que se conforma sobre la base de la represión de un Real/imposible de representar el sin-sentido en el corazón del Otro del sentido.

Ya no es posible optar dicotómicamente por un análisis subjetivo u otro objetivo, como se plantea en la teoría social creacionista donde lo predominante es lo subjetivo o como en el positivismo donde lo central es lo objetivo. Porque la concepción que hemos expuesto del sujeto y la subjetividad deconstruye esas bipolaridades entre lo subjetivo y lo objetivo; entre lo individual y lo social; entre lo universal y lo particular y nos conduce a superar las trampas de todas las relaciones imaginarias sujeto/objeto. Es precisamente el sujeto \$ barrado el que introduce las concepciones e ilusiones esencialistas, el propio sujeto el que introduce en él la división así como en lo social. Es el psicoanálisis lo que denuncia la posición de espejismo que remite al uno y al otro.

Es entonces la consideración de la doble falta, la falta en el sujeto y la falta en el Otro social, lo que conduce a la reestructuración de la oposición imaginaria entre lo objetivo y subjetivo, es su doble consideración y superposición lo que crea un nuevo campo para entender por qué el sujeto necesita identificarse con objetos, con idealizaciones socialmente disponibles; con líderes, liderazgos, ideologías, organizaciones, partidos, marcas, nación, nacionalidades, etc. La dehiscencia en el sujeto donde brota la falta, es lo que causa la dependencia del sujeto con sus identificaciones y lo que produce en cierto sentido la prioridad de lo “objetivo” sobre lo subjetivo, en el mismo momento en que irrumpe con una posición antiobjetivista de la realidad social. En el sentido, de que la necesidad de identificación surge de la falta, o lo que es decir, producida fundamentalmente porque no tengo una identidad completa ni puedo tenerla, porque todos los esfuerzos por lograrla resultan siempre en fracasos y esto es irreductible, porque como ya planteamos, toda identificación es siempre parcial. La identificación sólo puede pensarse

como resultado de la falta dentro de la estructura, la estructura del otro social. Con lo que esa referencia permanente a lo objetivo como totalidad cerrada como referente indiscutido es una ilusión, el Otro está cruzado por la falta, está *barré*. Es aquí donde reside la posibilidad de crear, construir nuevos discursos sociales, nuevas narrativas, nuevos juegos de lenguaje, de que surjan de manera contingentes nuevos, acontecimientos capaces de romper la inercia burocrática de las sociedades tanto en un sentido positivo como negativo, en esa dialéctica en que tanto insiste el psicoanálisis de que nuestra existencia está marcada por un libre juego entre la contingencia y la negatividad, en el cual no hay garantías y toda esperanza utópica es meramente ilusoria.

Fantasma y goce

Como vemos, la falta es el impulso a la identificación, pero es necesario acercarnos un poco más a la naturaleza de la falta. Para Lacan la falta es falta de Goce lo que él denominó *jouissance*, la falta de un goce presimbólico, Real, que es lo que se pierde –para siempre- con nuestra entrada en el lenguaje y las relaciones sociales, con la castración, objeto perdido cuando somos atravesados por el lenguaje, es nuestra completud perdida. Aquel significante que falta en la cadena lingüística que revela en el Otro su condición fallida, su imposibilidad como único lugar de la verdad de proporcionar garantías, es en términos de la dialéctica del deseo una falta de Goce en el Otro.

El deseo de cercar lo Real, es en sí un efecto significante, es por ello que el sujeto del psicoanálisis no es el sujeto pensante de Descartes, sino el sujeto deseante freudiano, *Desidero* es el *cogito* de Freud. El deseo surge a consecuencia de la imposición del orden simbólico por medio del significante del Nombre-del Padre al producir la interdicción del deseo de la madre, con lo que su significante se pierde para siempre, con lo que se convierte en objeto ilusorio, imaginado, perseguido eternamente, nunca encontrado y transpuesto metonímicamente.

Lo anterior expresa la dialéctica entre el deseo y la Ley (simbólica), la prohibición de un goce imposible es lo que impulsa el deseo de su cumplimiento, estableciendo un lazo indisoluble entre el deseo y la Ley. Es decir, es el goce en tanto prohibido lo que crea el fundamento para constitución del deseo, por ello se presenta siempre como voluntad de goce.

Es el deseo en su búsqueda irrefrenable del goce perdido/imposible, lo que nos ofrece una explicación al porqué, a pesar de que es el fracaso lo que constituye el horizonte de nuestras identificaciones, sin embargo, nunca cancelamos el movimiento hacia la identificación. Es el

deseo el que mantiene el movimiento perpetuo en la búsqueda de la completud faltante/imposible a través de desplazamientos continuos de objetos en objetos, es por eso que transitamos entre diversas ideologías u organizaciones de diferente signos, o nos afiliamos a diversas comunidades, tratando de encontrar la completud, goce perdido. Sólo el mantenimiento de esta esperanza en un frágil equilibrio sostiene la promesa de su realización. Esta promesa es imposible de cumplir pero aun así es necesaria de mantener, porque postula la eliminación imaginaria de la falta, que es lo que en la teoría lacaniana se conoce como fantasma.

El sujeto barrado \$ se identifica con otro también barrado que no puede resolver su necesidad de completud. El deseo de identificación depende por un lado de la falta constitutiva pero al mismo tiempo de la necesidad de suturar la falta; sin embargo, no existe nada en el orden simbólico nada que pueda anular la división, de ponerle fin a este estado de frustración; sólo algo del orden imaginario o cuasi imaginario el *objecpetit a*, el campo de la fantasía puede constituirse en un instancia para colmar la falta. En el momento en que el sujeto desaparece ante el significante faltante que corresponde al gran Otro, él encuentra su soporte en el objeto, núcleo del fantasma. Žižek plantea el fantasma como aquella relación que proporciona las coordenadas de nuestro deseo:

La fantasía parece entonces una respuesta al '*che vuoi*', al insoportable enigma del deseo del Otro, de la falta en el Otro, pero es al mismo tiempo la fantasía la que, por así decirlo, proporciona las coordenadas de nuestro deseo –la que construye el marco que nos permite desear algo. La definición usual de fantasía ('un argumento imaginado que representa la realización del deseo') es por lo tanto algo descarriada o, por lo menos ambigua: en la escena de la fantasía el deseo no se cumple, no se 'satisface', sino que se constituye (dados sus objetos y demás) *mediante la fantasía aprendemos a 'cómo desear'*.²⁴

La fantasía es una construcción que estimula, que causa el deseo, porque promete recubrir la falta en el Otro, la falta creada por la pérdida de goce, debido a que la falta es un efecto de la castración, de la introducción en el lenguaje y la Ley simbólica; la fantasía es al mismo tiempo un sintagma que establece una defensa ante la castración al tiempo que oculta la falta producida por ella. La estructura que encontramos en el fantasma es esta relación entre sujeto dividido atravesado por la falta y la promesa de eliminación de esta falta o de una compensación por ella

²⁴*Ibid.* pp. 162-163.

equivalente a su neutralización estructural. El *Dasein* en su búsqueda del goce perdido/imposible halla en el fantasma la promesa de un encuentro que es fantaseado como posible de cubrir la falta en el Otro y, en consecuencia, de colmar la falta en el sujeto.

El fantasma intenta hacer soportable la falta en el Otro, no su eliminación que es imposible, trata de velar la distancia entre lo real y la realidad, que la génesis de esta brecha es el resultado de un acto de exclusión, es por ello que el objeto a –pequeño objeto a- se ofrece como tapón, como metáfora de nuestra completud atravesada por la falta. Es importante aclarar, que el fantasma sólo puede realizar su función si su promesa, más que cumplida, es siempre diferida, su realización siempre está marcada por la falta: el objeto esta inextricablemente relacionado con la falta. El fantasma en su función de procrastinación de eliminar la brecha subjetiva, positiviza la falta simbólica. Si el pequeño objeto corresponde a lo imaginario y la otra a A, a lo simbólico barrado, se puede sostener que el objeto a cumple una función simbólica sosteniendo la completud faltante en lo simbólico mediante la promesa de un dominio imaginario de lo Real imposible.

Estas consideraciones sobre fantasma, deseo y goce, nos permiten introducir la noción de fantasía social, como una contrapartida de la división de la sociedad (el Otro Barrado), es decir, como la figura por excelencia que procura disimular los antagonismos sociales; como aquello que permite el soporte subjetivo para construir las fantasías ideológicas, los proyectos utópicos, que prometen la solución armónica de todos los problemas sociales, que dejen de existir las confrontaciones y crispaciones sociales que sacuden a las sociedades humanas. Y en esto insiste el psicoanálisis y su aporte al análisis sociopolítico, esto es imposible, no hay estructura narrativa (simbólico-imaginario) o juego de lenguaje, que pueda cancelar la división social, que es la más conspicua promesa ideológica, lograr una sociedad totalizada.

Los sujetos seguirán construyendo la realidad como trenza significativa, pero sin poder nunca cancelar sus antagonismos. Como lo plantea Jacques-Alain Miller:

Está inserto en el movimiento mismo de la modernidad, que pone en evidencia el carácter artificial, construido, de todas las cosas de este mundo: El lazo social, las creencias, las

significaciones, los paisajes, como lo mostraba Simón Schama. El psicoanálisis participa de esto. Desde la ilustración no ha habido discurso más poderoso para hacer vacilar los semblantes.²⁵

Es por ello que todo logro social, cualquier estabilización de las sociedades humanas será siempre relativa y sujeta a la contingencia de los acontecimientos, en esto residen tanto las oportunidades de las sociedades como sus recaídas en situaciones totalitarias. Mantener sociedades abiertas siempre será un reto de la democracia que oscilará permanentemente entre la contingencia y la negatividad.

²⁵Miller, nos dice también: “Vayamos a lo más simple. ¿Qué rescataría un lector que hojeara los escritos y dichos de Lacan intentando caracterizar la relación de Lacan con la política? Pienso que el rasgo más saliente que encontraría sería la desconfianza hacia los ideales, sistema y utopías de los que está sembrado el campo político. Lacan no cree en las leyes de la historia. Recusa tanto a Bossuet como a Toynbee, tanto a Comte como a Marx. No encontramos en él una sola palabra de la que pueda deducirse que sostenía una idea de una sociedad rebotante de alegría, se la sitúe en el pasado o se la proyecte al futuro. No hay nostalgia tampoco esperanza. En cuanto al presente, a la modernidad, Lacan tiene, como Freud, la vivísima impresión de sus atolladeros. El porvenir sólo canta el canto del malestar.” Zarka, *Ob. Cit.* p. 126